

Presentación

El papa Benedicto XVI ha escrito en su encíclica sobre la esperanza, al comentar inicialmente las enseñanzas paulinas, que «el cristianismo no era solamente una “buena noticia”, una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento (...), sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida»¹. En consonancia con esas palabras del sucesor de san Pedro, las páginas que siguen se han escrito con el deseo de dar a conocer algunos aspectos de la vida cristiana primitiva, que constituyen para nosotros un valioso legado de espiritualidad. En ocasiones, esta rica herencia permanece sepultada en los anaqueles de algunas bibliotecas especializadas. Nuestro deseo es facilitar el conocimiento de esos tesoros que podemos hacer nuestros, y que tienen un valor contrastado, por tratarse de bienes del espíritu que no envejecen y por haber superado la prueba del tiempo.

1. BENEDICTO XVI, Encíclica “*Spe salvi*”, 30-XI-2007, n.º 2.

Una cuestión inicial que conviene precisar es qué entendemos por «primeros cristianos». De forma muy somera, podemos considerar como tales a aquellos cristianos que vivieron en un arco de tiempo que va del siglo I hasta comienzos del siglo IV, cuando finaliza la persecución de Diocleciano (304). Pensamos que este período representa, con bastante precisión, una etapa compacta de la vida de la Iglesia, que cambiará definitivamente a partir del Edicto de Milán (313)².

Consideramos que, en la hora actual, los cristianos tenemos mucho que aprender de nuestros primeros hermanos en la fe. Por eso, no debemos entender la captación de sus recuerdos como una simple acumulación erudita de hechos históricos. Para nosotros, esas vivencias tienen una relevancia considerable, pues nos permiten llegar hasta nuestras propias raíces. Se podría decir que está en juego la percepción de los rasgos capitales que definen nuestra propia identidad espiritual.

Un ejemplo puede ayudar a explicar mejor lo que queremos decir. Imaginemos una persona que padece amnesia y, por tanto, no sabe quién es. Podemos pensar en el protagonista de la película *El caso Bourne* (*Bourne Identity*) de Paul Greengrass. Esa persona ha perdido su identidad

2. Otros autores, como A. Hamman, restringen la denominación de primeros cristianos a los que vivieron durante los dos primeros siglos, como lo muestra el título de una conocida obra suya: *La vie quotidienne des premiers chrétiens* (95/197), Paris 1971.

y, en consecuencia –al desconocer su pasado–, puede caer con facilidad en un vacío existencial. Si extrapolamos esta situación a la vida espiritual, no es difícil encontrarnos hoy con personas que desconocen su identidad cristiana, porque padecen una especie de «amnesia» espiritual. Viven atrapadas por un sinfín de actividades y pueden llevar una enorme carga de sinsentido sobre sus espaldas. El que no sabe de dónde viene tampoco sabe a dónde va. En el terreno espiritual, además, acecha otro gran peligro: el apartamiento de Dios, que puede conducirnos a la infelicidad terrena y a la eterna.

Desde otro punto de vista, los testimonios de vida cristiana que encontramos entre los primeros creyentes del Evangelio tienen un gran valor paradigmático. La ejemplaridad de su conducta ha pasado por un cedazo de duras pruebas; entre otras, las persecuciones del aparato político imperial, la hostilidad de los intelectuales de la época y las calumnias e infamias de una opinión pública adversa. La coherencia entre su fe y su conducta puede servirnos, además, de guía para superar las barreras de un mundo que margina la verdad cristiana e intenta recluirla en el ámbito de lo personal y privado, como hace el actual laicismo excluyente.

Esa faceta modélica de coherencia entre fe y vida constituye una prueba inequívoca de la santidad de sus vidas, acreditada como tal por la Iglesia en múltiples ocasiones. Si con toda razón ha dicho Benedicto XVI que «los santos son los verdaderos portadores de luz en la

historia»³, la intensidad luminosa de los primeros seguidores de Jesús representa un incentivo más para que fijemos en ellos nuestra atención.

Hemos procurado recurrir a los testimonios de los propios protagonistas, en la medida en que ha llegado hasta nosotros la documentación correspondiente. Somos conscientes de las limitaciones que nos vienen impuestas por este presupuesto, pero nos parece la forma más pertinente de abordar una perspectiva general de la vida cristiana durante los tres primeros siglos.

Al leer esos testimonios, no podemos olvidar que son documentos vivos de la historia de la Iglesia. Esto quiere decir que los acontecimientos narrados, aunque los veamos reducidos a algunos aspectos parciales, tienen una dimensión espiritual de totalidad que los engarza en el cañamazo de la fe, y gracias al cual podemos incorporarlos a nuestra vida.

Una última observación metodológica: como podrá observar el lector, hemos recogido algunas enseñanzas del magisterio reciente de los papas y de autores contemporáneos, que pueden ayudarnos a completar o perfilar algún aspecto de la vida de estos primeros hermanos en la fe.

Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento al profesor Antonio Vilarnovo por las múltiples sugerencias y mejoras que han enriquecido el presente volumen.

3. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 25-XII-2005, n.º 40.